

La teoría de la verdad sospechosa

Diógenes Fajardo V.

Profesor Departamento de Literatura

Universidad Nacional

"Proponerse como meta la capacidad de disfrutar de toda buena poesía en el orden objetivo de méritos equivale a perseguir un fantasma, persecución que dejaremos a aquellos cuya ambición es la 'cultura' y para quienes el arte es un artículo de lujo y su apreciación una proeza"

T.S. Eliot

Ya desde los años 70, Jauss iniciaba su conocido texto *La literatura como provocación* constatando la crisis que presentaba la disciplina: "La literatura, su historia y su estudio, en estos últimos años, han ido cayendo cada vez más en descrédito" (7). Con la llegada del postmodernismo y sus acciones iconoclastas, se intensificó muchísimo más esa crisis de las disciplinas pues se considera que han perdido su legitimidad y deben, de nuevo, buscarla indagando su objeto, sus métodos, su campo de aplicación, replanteando sus fronteras en una era de globalización y de surgimiento de nuevas ideologías y generalizaciones. Así, por ejemplo, esta tendencia posmodernista implica un rechazo ontológico a la división del saber en variadas disciplinas, un interés epistemológico por los fragmentos y fracturas y un compromiso ideológico con las minorías en política, sexo y lenguaje.

En relación con la literatura, estas tendencias postmodernistas han llevado a enfilear baterías en contra de las disciplinas por medio de los llamados "Estudios culturales", presentados como "intentos de aproximación no ya a un objeto definido y concluso de

conocimiento sino a un campo de prácticas culturales en constante proceso de redefinición dentro y fuera de fronteras”.¹ La primera de estas redefiniciones tiene que ver con el concepto mismo de cultura que llega a convertirse en una especie de saco sin fondo en donde todo puede caber, pues toda actividad está marcada con la etiqueta de “cultural”.²

Otra redefinición que se hace imperiosa según este enfoque culturalista tiene que ver, según Hernán Vidal, con “la significación social de toda disciplina institucionalizada” que si aspira a tener un futuro tiene que definir “de la manera más realista posible sus objetos de estudio, los métodos para acercarse a ellos, las categorías necesarias para narrar los resultados de la investigación y los condicionamientos institucionales para la propagación de conocimientos” (719). Para este crítico —a quien tomo como representativo de esta tendencia de reemplazar la disciplina literaria por los estudios culturales— la crisis actual de los estudios literarios tiene que ver con el hecho de que la literatura tiene “poca relevancia dentro de las culturas oficiales latinoamericanas y con los jóvenes que adoptan los estudios literarios como carrera profesional”. De acuerdo con su visión, el estudio de la literatura como disciplina apareció en el siglo XIX como proyecto liberal para consolidar la identidad de las nuevas naciones y de integrarlas al mercado

¹ Mabel Moraña, en la presentación del número monográfico “Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas” de la *Revista Iberoamericana*, 176-177 (675). Para el caso latinoamericano, Román de la Campa destaca ya algunos logros innovadores en la crítica latinoamericana contemporánea: 1. la reformulación de la periodización literaria; 2) el acercamiento a la oralidad latinoamericana; 3) los análisis de la transculturación, hibridez y heterogeneidad; 4) la semiosis de la producción crítica como red de instancias enunciativas; y 5) el examen de la cultura latinoamericana posmoderna en su etapa de globalización (“Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos” 697-698).

² Uno de los promotores de esa concepción extendida de la cultura es Raymond Williams. Para este teórico, la cultura conserva su sentido corriente de “actividades intelectuales y artísticas”. Sólo que “a causa del énfasis sobre un sistema significante general, se definen ahora con mucha más amplitud, para incluir no sólo las artes y formas tradicionales de producción intelectual, sino también todas las prácticas significantes —desde el lenguaje, pasando por las artes y la filosofía, hasta el periodismo, la moda y la publicidad— que constituyen ese campo complejo y necesariamente extendido” (Williams 13).

capitalista moderno. Haber seguido en las postrimerías del siglo XX con la literatura institucionalizada académicamente motiva un *mea culpa* por cuanto “con nuestro trabajo académico hemos dado continuidad a la institución literaria liberal llevándola a una expansión gigantesca con la proliferación de programas académicos que, sin embargo, tienen fundamentos más bien fantasmagóricos, puesto que nunca han sido corroborados con el rigor de una sociología de la literatura latinoamericana” (Vidal 720). Ante esta situación, se hace un llamado a desarrollar los denominados “estudios culturales” dentro de los departamentos de Idioma y Literatura, entendidos como “el estudio de los diferentes modos en que la producción simbólica en la vida cotidiana, presente o pretérita, da sentido a la identidad y a la acción humana en la búsqueda de su reivindicación dentro de estructuras de poder hegemónico y dominante” (Vidal 727).

Por supuesto que en el propio discurso de Vidal se deja abierta la posibilidad de proseguir los estudios literarios por la senda de la disciplina, siempre y cuando se orienten hacia una sociología de la literatura. Sin embargo, su propuesta se orienta mucho más hacia el estudio de toda la producción simbólica encaminada a una acción política en pro de los derechos humanos de suerte que en cada obra se pueda evaluar cómo promociona la vida o cómo fomenta la violación de los derechos de las personas. El objeto de estudio se reacomoda de acuerdo con estos parámetros y con base en la transnacionalización de la cultura y las grandes migraciones: “...propongo que, desde la academia norteamericana, contribuyamos a recuperar la trascendencia social de los estudios literarios *latinoamericanistas* mediante el uso consciente de una hermenéutica cultural basada en los derechos humanos” (Vidal 724. Énfasis añadido).

La propuesta de Vidal, hecha fuera del espacio latinoamericano, y en buena medida como orientación para los futuros *scholars* norteamericanos entra en conflicto con otras nociones que también están siendo debatidas. Por ejemplo, las de ‘centro’ y ‘periferia’ puesto que es imposible “reflexionar sobre el imaginario de nuestro tiempo sin describir el lugar desde donde se habla o reflexiona y sin

dejar de inscribir el lugar desde donde se habla en aquello que se habla". Por consiguiente "pensar en América Latina era pensar desde la periferia" (Achugar, "Repensando" 852). En el caso de Vidal piensa sobre la "periferia" pero desde un lugar privilegiado que se ha autoconstituido en "centro".

La oposición a la literatura como disciplina también se ha hecho analizando el valor ideológico de los estudios culturales. Terry Eagleton puede considerarse como uno de sus voceros. Para este teórico, "la historia de la teoría literaria moderna es parte de la historia ideológica de nuestra época". de suerte que su estudio implica no un objeto independiente de elaboración conceptual como "una perspectiva especial desde la cual se observa la historia de nuestra época". Se podría pensar, en consecuencia en dos tipos de teoría literaria: una denominada como "pura", que para este teórico es tan solo un mito académico, y otra "política" interesada exclusivamente en "la forma en que organizamos nuestra vida social en común y las relaciones de poder que ello presupone" (Eagleton 231). Para este crítico, la teoría literaria es un mito pues no posee ni objeto de estudio ni métodos que le permitan proclamar su autonomía. El objeto de la teoría literaria es ilusorio y sus métodos realmente pertenecen a otras disciplinas como la lingüística, la historia, la sociología. En consecuencia, desde su punto de vista, la teoría literaria no pasa de ser una ilusión ya que realmente es una rama de las ideologías sociales que no tiene un objeto de conocimiento autodistinguible y delimitado y que hemos de considerar preferible hablar de literatura para referirnos a "ciertos escritos ubicados dentro del campo de lo que Michel Foucault denominó 'prácticas discursivas'" (Eagleton 243).

Las conclusiones prácticas de este enfoque sobre la teoría literaria no se hacen esperar. En primer lugar, habría que oponer a lo que tradicionalmente se ha denominado teoría literaria no otra teoría sino otro tipo de discursividad (llamada 'cultura', 'prácticas discursivas', 'estudios culturales') que transforma nuestra percepción de los objetos literarios al colocarlos en un contexto más amplio. En segundo lugar, los departamentos de literatura de los establecimientos de educación superior, convertidos actualmente

en parte del aparato ideológico del estado capitalista moderno, tendrían que desaparecer, y ser reemplazados por estudios de otras prácticas culturales y sociales en donde la literatura aparecería reintegrada y reorientada a “hacernos mejores”.

Para ilustrar esta propuesta de estudios culturales, Eagleton señala cuatro momentos en que una nueva significación e importancia se ha logrado para la cultura: a) en la lucha de muchas naciones contra el imperialismo en donde se opone al invasor la fuerza de una cultura identificadora; b) en la acción política y cultural del movimiento feminista; c) en el estudio crítico de la industria cultural de los medios masivos de comunicación; y d) en el movimiento centrado en lo que la clase trabajadora escribe. Estos nuevos intereses no deben considerarse como una opción sino como una obligación para liberar los textos de autores como Shakespeare o Proust de su aislamiento histórico y del formalismo crítico estéril. Esta liberación puede implicar la muerte de la literatura. Pero, también la redención de esos encadenados autores. Por supuesto que defender un tipo de lectura que nos llevará a ser mejores es en el fondo promover unos valores morales, que aunque sean designados con el epíteto de “genuinos” no por ello dejan de ser morales. La lectura política conducirá, por lo tanto, a la búsqueda nuevamente de la utopía bajo la designación de lo político-moral.

Otra de las manifestaciones en contra de la disciplina proviene de quienes consideran que nos encontramos en el reinado de la interdisciplinaria y que, por lo tanto, las disciplinas deben quedar relegadas en el cajón de los recuerdos. Pero se olvida —a veces con la vana pretensión de cambiar la realidad con base en el nominalismo vacío— que desde la misma apelación, en lugar de un rechazo, se propugna por un dominio competente en la respectiva disciplina y una apertura hacia el objeto, los métodos, las aplicaciones prácticas de otras disciplinas. La interdisciplinaria ha sido propuesta como interacción y cruzamiento de las disciplinas y no como su anulación. Según Ander-Egg, la problemática de la interdisciplinaria tiene que ver con la apuesta en común y el intercambio entre las diferentes disciplinas, como una respuesta a la complejidad de la realidad y como un método para

luchar en contra de la fragmentación del saber en un mundo que exige su globalización (27-29). Nelly Richard recuerda que ya Barthes hablaba de un “malestar en la de la clasificación” al establecer una distinción entre la *interdisciplinariedad* y la *transdisciplinariedad*. La primera entendida como una “suma pacífica de saberes complementarios que se integran en una nueva totalidad de conocimiento supuestamente más útil, sin cuestionar necesariamente el modelo de competencia académica” y la *transdisciplinariedad* que supone el riesgo de una *antidisciplina*, al pretender inaugurar nuevas maneras de conocer que perturben la adecuación satisfecha entre saber, método y objetividad” (Richard 260).

De manera que la interdisciplinariedad supone un conocimiento profundo del campo específico en cada disciplina que le sirva de sólido fundamento. En cambio, el verdadero reto a las disciplinas lo plantea una concepción que ve la necesidad de “criticar a las disciplinas, democratizar estructuras, modificar requisitos, dismantelar el canon, crear nuevos espacios para trabajar con más libertad” (Beverly 48). En el caso de la literatura esta propuesta conduce a un concepto global de discursividad y de texto orientado hacia cualquier manifestación semiótica haciendo caso omiso de la simbolización estética, del placer del texto, de su dimensión imaginativa.

Por otra parte, es innegable que en el caso particular de la disciplina literaria su trabajo ha implicado siempre un acercamiento a las demás disciplinas con el fin de clarificar su propio objeto, o de tomar métodos de otras ciencias que le permitan afinar su análisis. Frente a la filosofía, la sociología, la psicología, la antropología, la lingüística o la semiótica, la teoría literaria siempre ha procurado delimitar su espacio pero, al mismo tiempo, aprovechar los métodos de las otras ciencias humanas puesto que, como afirma Carlos Fuentes, toda obra literaria sólo habla de dos cosas: la inevitabilidad de la muerte y la continuidad de la vida. La teoría literaria podría llegar a ser un objeto de interés para esas otras ciencias humanas, pero ello no implica su asimilación plena de manera que pierda su espacio de construcción conceptual. La reducción de la literatura a función ancilar de otras disciplinas no tiene un fundamento factual ni teórico resistente.

Paradójicamente, la acusación en contra de la teoría literaria que han elevado algunas voces tiene que ver con el expansionismo territorial de esta disciplina en detrimento de otras, como la filosofía. Richard Rorty "is frankly impatient with literary critics who think to make their discipline more 'rigorous' by hitching their wagon to some theory (of language, intentions, or whatever) supposedly possessed of 'philosophic' dignity and truth".³ En defensa de la teoría literaria ha salido Paul de Man, quien rechaza la pretensión de verdad de la epistemología y quiere minar la relación de lenguaje y pensamiento en términos de verdad. El hecho mismo de la convencionalidad del significante libera al lenguaje de sus limitaciones referenciales "pero lo hace epistemológicamente muy sospechoso y volátil, porque no puede decirse ya que su uso esté determinado por consideraciones de verdad y falsedad, bien y mal, belleza y fealdad o dolor y placer" (De Man 21). Si bien hay un espacio de interés común, en definitiva se plantea la necesidad de un enfoque desde la propia disciplina: "...la teoría literaria contemporánea es una versión relativamente autónoma de cuestiones que también aparecen, en un contexto diferente en la filosofía, aunque no necesariamente de una forma más clara o rigurosa" (21). Las relaciones entre filosofía y literatura no son accidentales sino esenciales como lo demuestra la "estética", considerada como parte de un sistema general de filosofía y no una teoría en particular. Además, el desarrollo de la teoría literaria se debe en gran medida a las especulaciones filosóficas. De ahí que "la teoría literaria bien puede haberse vuelto un objeto de interés legítimo para la filosofía, pero no puede ser asimilada a ella, ni basándose en hechos ni teóricamente" (De Man 18).

Una problemática determinada puede interesar a varias disciplinas; pero cada una de ellas debe tratarla con un criterio de autonomía si aspira a hacer una contribución al conocimiento desde

³ Richard Rorty "es francamente impaciente con los críticos literarios que piensan hacer más rigurosa su disciplina atando su vagón a alguna teoría (del lenguaje, la intencionalidad, o cualquier otra) que supuestamente posea verdad y dignidad filosófica" (Norris 3).

su propio campo investigativo. No se trata simplemente de establecer parámetros ilusorios delimitando cada disciplina. Por ejemplo, pensar que la teoría literaria se preocupa de una forma de conocimiento prelógico o intuitivo, mientras que la filosofía busca una construcción racional para las mismas cuestiones. Por supuesto que tampoco sería admisible que ese criterio de autonomía disciplinar llevara erróneamente a considerar que pueda darse el conocimiento aislado de sus propias condiciones culturales.

El intento de las siguientes páginas es el lograr —parodiando a Jauss— hacer una provocación en la medida en que se utiliza la teoría de la literatura, puesta en tela de juicio desde la perspectiva posmoderna de los estudios culturales, para efectuar su propia apología y para justificar su existencia como una de las formas de iluminar las obras literarias.

I. La resistencia a la teoría

Casi todos los defensores y detractores de la disciplina literaria proponen la redefinición del objeto mismo de sus estudios. Pero, como ya lo señalara Paul de Man “el principal interés de la teoría literaria consiste en la imposibilidad de su definición” (11).⁴ Lo cual ya es un obstáculo para la elaboración de una teoría y proporciona un buen argumento a quienes se resisten a ella. A esto podríamos añadir que si aceptamos la formulación de Gadamer como una disyuntiva entre *verdad y método*, entre la experiencia de verdad que comunica la obra de arte y una metodología científica que ante el arte reconoce sus limitaciones, la justificación de una teoría literaria se hace más incomprensible.⁵ Si la teoría no implica una investigación

⁴ Terry Eagleton parte de la misma incertidumbre sobre la imposibilidad de considerar la literatura como categoría descriptiva 'objetiva'. De suerte que el mismo Eagleton al final considera que “más que una introducción [a la literatura] este libro es una nota necrológica”. Y que, por lo tanto, “la teoría literaria moderna debe ser vista como parte de la historia ideológica de nuestra época” (231-242).

⁵ “El que en la obra de arte se experimente una verdad que no se alcanza por otros caminos es lo que hace el significado filosófico del arte, que se afirma frente a todo razonamiento. Junto a la experiencia de la filosofía, la del arte representa el más claro imperativo de que la conciencia científica reconozca sus límites” (Gadamer 24).

para llegar a la verdad, entonces ¿cuál es su fundamentación epistemológica? Precisamente, estas incertidumbres sobre su posibilidad de crear conocimiento acerca de un objeto difuso que difícilmente puede ser separado de otras disciplinas como la filosofía o la historia, refuerzan la hostilidad hacia la teoría literaria, justificada en muchas ocasiones en valores éticos y estéticos tradicionales.

Sin duda alguna, el siglo XX proporcionó un gran impulso para la construcción de una teoría literaria con el surgimiento de la lingüística como ciencia del lenguaje y la proliferación de metalenguajes para explicar su funcionamiento. Sin embargo, la teoría se justifica a partir de los hechos empíricos. Ahí están las obras literarias esperando un estudio específico sobre su naturaleza ontológica. Con los formalistas rusos, en los años 20, surgió el difuso concepto de "literariedad" como el objeto fundamental de una nueva teoría literaria. Para Jakobson, la especificidad de lo literario reside en la transformación de la función poética del lenguaje en literariedad; la teoría debe elaborar unos conceptos que permitan dar cuenta de las cualidades intrínsecas del arte literario. Esta teorización se elabora a partir de la consideración de que la literariedad constituye su propio sistema estructurado en donde lo extraliterario debe ser visto sólo desde un punto de vista funcional (Jakobson y Tinianov 103-105).

Este concepto de literariedad permite desglosar el objeto de estudio de la propia teoría literaria que abarcaría entre otros los siguientes temas: a) qué es la literatura; b) usos literarios y no literarios del lenguaje; c) formas artísticas literarias (verbales) y no verbales; d) taxonomía descriptiva de los géneros literarios; e) la actividad literaria como escritura y lectura y, por lo tanto, como producto (De Man 13).

Si consideramos que la literatura tiene que ver con un empleo específico del lenguaje, evidentemente tenemos que admitir que la "literariedad" manifiesta un interés particular hacia su sistema de signos y de significación, es decir, por su propia organización semiótica, más que por la referencia a elementos extratextuales. Con

el surgimiento en el siglo XX de la ciencia lingüística y el empleo de su terminología en los estudios literarios, se comenzó a distinguir la teoría de la historia o de la crítica literarias. Precisamente esta construcción de una teoría sobre la base de la conceptualización llevada a cabo por la lingüística, es la que motiva una fuerte resistencia. Según Paul de Man es una resistencia a: 1) el uso del lenguaje sobre el lenguaje que necesariamente convierte a la teoría literaria en un metalenguaje; 2) a la lectura literaria cuyo mensaje no es transparente y en donde hay un grado de indeterminación que puede y no puede ser resuelto por la gramática; y 3) y a la dimensión retórica o tropológica del lenguaje, principal interés de ese difuso objeto denominado *literariedad* (25-32).

Consecuencia lógica de los planteamientos de De Man es que la teoría literaria centre su atención más en la retórica que en la lógica y la gramática. Estas dos últimas siempre han mantenido una proximidad simbiótica, mientras que la retórica ha sido relegada a la función de ornamental dentro de la función semántica. Para volver a darle a la retórica su función primordial en relación con el lenguaje, De Man propone la "lectura retórica" de los textos como el modelo teórico dialéctico más elástico para acabar con todos los modelos. Las lecturas retóricas "son teoría y no son teoría al mismo tiempo, la teoría universal de la imposibilidad de la teoría" (36). Volver a dar un puesto destacado a la retórica, a los tropos, es volver al lenguaje en busca de la literariedad como el fundamento de la producción textual dentro de lo verbal. Con el desarrollo de la teoría literaria, así fundamentada, se podría experimentar un proceso de desestabilización de su propio accionar como disciplina. De esta manera, la teoría literaria tiende a convertirse en una amenaza mayor que todas las que desde fuera de la disciplina abogan por su destrucción. La resistencia que suscita la teoría literaria puede ser considerada como parte constituyente de su propia discursividad e inherente a sus presupuestos o a sus métodos. En consecuencia, una teoría literaria fundamentada en la retórica llega a convertirse en arma peligrosa puesto que "desbarata ideologías arraigadas revelando la mecánica de su funcionamiento, va contra una poderosa

tradición filosófica de la que la estética es una parte destacada, desordena el canon establecido de las obras literarias y desdibuja los límites entre el discurso literario y el no literario. Por implicación puede también revelar los nexos entre ideologías y filosofía” (De Man 24).

Paradójicamente, el modelo propuesto por De Man de una lectura retórica como fundamental en la conceptualización de la teoría literaria, despierta la oposición de quienes consideran que de esta manera se pierde de vista la relación entre teoría e ideología. De Man contra-argumenta señalando que justamente la función de la teoría literaria es la desenmascarar todo tipo de ideología que subyace bajo el discurso político o filosófico: “Aquellos que reprochan a la teoría literaria el apartar los ojos de la realidad social o histórica (esto es ideológica), no hacen más que enunciar su miedo a que sus propias mistificaciones ideológicas sean reveladas por el instrumento que están interesados en desacreditar. Son, en resumen, muy malos lectores de *La ideología alemana* de Marx” (23).

Lejos de oponerse a la consideración de lo ideológico, la teoría literaria se convierte en una arma analítica que permite descubrir las ideologías y explicar su aparición y los diversos ropajes bajo los cuales se esconde. De esta forma, la teoría se convierte en un lenguaje de la (anti)resistencia. Es la conclusión a la cual llega De Man: “Nada puede superar la resistencia a la teoría ya que la teoría misma es esa resistencia. Cuanto más elevados sean los fines y mejores los métodos de la teoría literaria, menos posible se vuelve ésta. Con todo, la teoría literaria no está en peligro de hundirse; no puede sino florecer, y cuanto más resistencia encuentra, más florece, ya que el lenguaje que habla es el lenguaje de la autorresistencia. Lo que sigue siendo imposible de decidir es si este florecimiento es un triunfo o una caída” (36). Lo que parece cierto es que “la hostilidad a lo teórico, por lo general, equivale a una oposición a las teorías de los demás y al olvido de las propias” (Eagleton 10). Pues no podríamos pensar aquí que algunos autores defiendan la teoría a nivel de la disciplina literaria, mientras que quienes se oponen a la disciplina y abogan por el estudio de diferentes tipos de discursividad bajo el

nombre de “estudios culturales”, la menosprecien. También aquí hoy se escuchan los llamados a atender y profundizar en la teoría como un compromiso que deben tener aquellos que han tomado como punto de partida el reconocimiento de un mundo poscolonial caracterizado por la hibridez histórica y cultural (Bhabha 21). No ya teoría literaria sino “teorías sin disciplina que convergen o divergen, pero, en cualquier caso, que dialogan entre sí”.⁶

II. Tradición crítica en América Latina

En América Latina, la teoría literaria nunca ha estado desarticulada de la función crítica. El objeto de los estudios literarios aparece ligado a un proceso de contextualización y valorización dentro de un lento desarrollo constructor de una cultura nacional y latinoamericana. Las obra fundacionales de Pedro Henríquez Ureña, de Alfonso Reyes, de José Carlos Mariátegui o de José Lezama Lima tienen ese claro objetivo: encontrar una unidad y una visión de autoderminación por medio de nuestras “corrientes literarias” que nos permitan construir “la expresión americana”. En otras palabras “que podemos dar cuenta de los fenómenos histórico-culturales de América Latina, desde marcos teóricos contenidos en categorías como las de ‘Nuestra América’ y otras desarrolladas por el pensamiento latinoamericano” (Achúgar “Leones, cazadores e historiadores” 284).

Por supuesto que esta labor no ha sido fácil y, en muchos casos, podría pensarse que se trata más de bien de individualidades que no de “corrientes de teoría y crítica”. Precisamente, Octavio Paz se queja de la ausencia de teoría y de crítica en la literatura latinoamericana: “carecemos de un cuerpo de ‘doctrina’ o ‘doctrinas’ es decir de este mundo de ideas que, al desplegarse, crea un espacio intelectual: el ámbito de una obra, la resonancia que la prolonga o la contradice. Ese espacio es el lugar de encuentro con otras obras, la posibilidad de diálogo entre ellas” (39). La creación de este espacio

⁶ Sintomáticamente, este es el título de la colección de ensayos de “carácter transdisciplinar” que sobre América Latina han sido recogidos por Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta.

dialógico ha sido el objetivo final de la crítica en América Latina y su contribución para la creación de una tradición cultural entendida como la construcción de un orden de lo simbólico a partir de las herencias recibidas mediante enfrentamientos y polaridades. La crítica es esencialmente ese diálogo que “habla no acerca de las obras sino a las obras o, más bien, con las obras [...] El texto criticado no es un objeto que deba asumir un metalenguaje sino un discurso que se encuentra con el crítico; el autor es un tú y no un él, un interlocutor con el cual se discute acerca de los valores humanos” (Todorov 150).

Esto explica el concepto mismo de crítica literaria elaborado por un intelectual como Alfonso Reyes: “La crítica es ese enfrentarse o confrontarse, ese pedirse cuentas, ese conversar con el otro, con el que va conmigo” (106). Esa ha sido la función de la crítica entre nosotros. Crear por medio del trabajo intelectual un diálogo creador aunque muchas veces por falta de interlocutores válidos haya sido con la propia alteridad. Eliot, en su texto clásico, y restringido al caso específico de la poesía, señalaba como función de la crítica el intento de acercarse al objeto inaprensible creado por lo que *a posteriori* denominamos literatura: “Por crítica entiendo aquí toda la actividad intelectual encaminada bien a averiguar qué es la poesía, cuál es su función, por qué se escribe, se lee o se recita, bien —suponiendo, más o menos conscientemente, que eso ya lo sabemos— a apreciar la verdadera poesía” (44).

Habría que hacer notar que en Paz, Reyes o Eliot, el concepto de crítica y su función están íntegramente unidos a la llamada teoría literaria. No se puede concebir un trabajo crítico sin una fundamentación teórica pues, en definitiva, su trabajo está orientado a captar lo que se escapa de sus manos: la definición de lo que es poesía, de la literatura misma: “Así, por más que ninguna otra forma de actividad intelectual haya producido a lo largo de su historia un número tan escaso de obras dignas de leerse, la crítica, lo mismo que toda actividad filosófica es inevitable y no requiere justificación. Preguntarse ¿qué es la poesía?, es admitir la función de la crítica” (Eliot 48).

La periodización de Mariátegui, las corrientes literarias de Henríquez Ureña, la expresión americana de Lezama Lima, los esfuerzos por establecer un deslinde para lo literario en Reyes, son ejemplos de los logros del trabajo crítico en América Latina en su intento por introducir la modernidad en el contexto latinoamericano como una autoafirmación cultural. Estos autores y su elaboración intelectual hacen ya parte de nuestra tradición. Con base en sus juicios y valoraciones se ha establecido un canon. Labor de la teoría y de la crítica literarias en América Latina es la de continuar esa tradición sin olvidarse de su derecho a romperla para no caer en la defensa fanática de corrientes y de cánones que contradicen la misma condición esencial de toda crítica.

III. Contexto institucional de la enseñanza de la literatura y los estudios literarios

La concepción de la teoría y de la crítica necesariamente se ve reflejada en la manera como las instituciones conciben la forma en que deben aparecer en los estudios literarios. Hernán Vidal ha trazado lo que llama "una microantropología" para describir allí "el perfil del joven que hace estudios literarios en los países hispánicos": persona de clase media baja; estudios humanísticos como única opción de acceder a la universidad; conflictos entre trabajo, universidad y estudio; sin dinero para adquirir libros; reemplaza la lectura de los textos canónicos por los resúmenes; una vez terminados sus estudios universitarios, busca empleo en la educación secundaria; allí la literatura como objeto de estudio se disuelve; una minoría pequeñísima hace estudios de postgrado; algunos —más pocos todavía— buscan hacer carrera en una universidad y tienen que enfrentar el alto costo de los libros y el bajo emolumento por su trabajo (Vidal 720-721).

Ante un cuadro tan desolador como éste, no habría que pensar en estudios culturales basados en los derechos humanos, como lo hace Vidal, sino en acabar por completo con los programas institucionales que tengan que ver con las humanidades. Tal vez este perfil se ajustara fielmente a otras épocas pero no parece ser la descripción justa de todos los estudiantes de literatura en el

continente latinoamericano. Sí, hay estudiantes que podrían verse bien retratados en ese esbozo, pero no podríamos generalizar. Al contrario, una de las consecuencias de la dilución de los estudios literarios es que se note un resurgimiento del interés por las humanidades, por el estudio del griego y del latín, en una sociedad pretenciosamente neoliberal que no debiera admitir ley diferente a la de la oferta y la demanda. Paradójicamente, cuando en Estados Unidos y en Europa entraban en crisis y se cerraban departamentos de literatura para abrir los de estudios culturales, en Colombia se fortalecían programas disciplinares en Bogotá, Medellín, Cali y Bucaramanga.

Fruto de este interés disciplinar surgían revistas y publicaciones nacionales: *Con-texto* (Universidad de Medellín), números monográficos de *Universitas Humanística* (Universidad Javeriana), *Cuadernos de Literatura* (Universidad de los Andes), *Ensayos de Teoría Literaria* (Universidad del Valle). Y, por supuesto, en medio de muchas dificultades aparecían estas publicaciones como resultado del trabajo docente-investigativo. Lo cual implica que institucionalmente se ha procurado evitar la enseñanza como “un proceso cognitivo en el que uno mismo y el otro se relacionan sólo tangencialmente y por contigüidad”, para fomentar “la única docencia que merece tal nombre”: “la investigadora, no la personal” (De Man 12).

Casi nadie duda de que la literatura se puede aprender. Sin embargo, hay una tendencia muy fuerte que pone en duda la posibilidad de la enseñanza de la literatura. Borges es uno de ellos: “Hay personas que sienten escasamente la poesía; generalmente se dedican a enseñarla. Yo creo sentir la poesía y creo no haberla enseñado; no he enseñado el amor de tal texto, de tal otro: he enseñado a mis estudiantes a que quieran la literatura, a que vean en la literatura una forma de felicidad” (198). En verdad no se enseña la literatura, como tampoco se enseña ninguna ciencia, según Bachelard. La literatura se aprende. La función del maestro debe ser la de *enseñar a aprender*, alejado de la fiel ortodoxia y mucho más cercano al campo de la heterodoxia.

La dificultad de enseñar la literatura se ensancha aún más cuando se considera la relación entre *teoría* y *docencia*. Aquí también se arguye que la teoría es un obstáculo para la enseñanza. Habría que examinar si éste es el caso y por qué se da. Es posible que los estudiantes estén en contra de una o varias “modas teóricas” pero que defiendan otras formas de acercamiento a ese —también— “oscuro objeto del deseo”. Porque todo acercamiento a la literatura implica *per se* una teoría no importa si se es consciente de ella o no. Incluso cuando se rechaza por completo la teoría, es necesario admitir que hay algunos conceptos (pragmatismo, intencionalidad, significado) que sirven de soporte teórico a la argumentación en contra de la teoría.⁷

Todos estos debates en pro o en contra de la teoría en los estudios literarios refuerzan la idea de que la dificultad en la enseñanza de la literatura no proviene tanto de causas externas cuanto de la evanescente noción misma de *literatura* y, por lo tanto, de la esencial ambigüedad del objeto de la enseñanza. En el fondo, el gran problema radica en decidir qué es lo literario y qué no lo es. La aplicación indiscriminada y mecánica de *métodos* teóricamente elaborados, no siempre garantizan que al final se encuentra la *verdad*. Y en este caso, sería preferible fallar en la enseñanza de lo que no debe ser enseñado, que triunfar pedagógicamente en lo que no conduce a la verdad. Sólo que habría que recordar —con la feliz asociación de Alfonso Reyes— que se trata de la literatura y, por lo tanto, de “una verdad sospechosa” (265).

Bibliografía

Achugar, Hugo. “Leones, cazadores e historiadores”. *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*.

⁷ Steven Knapp y Walter Benn Michaels se hicieron famosos en los años 80 por su artículo “Against Theory” en donde radicalmente planteaban que “the object of our critique is not a particular way of doing theory but the idea of doing theory at all”. Y, en consecuencia, que, “if our arguments are true, they can have only one consequence (the single consequence they claim to have); theory should stop.” (Mitchell 11 y 105).

Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta, Coordinadores. México: Miguel Angel Porrúa, 1968. 271-285.

_____. "Repensando la heterogeneidad latinoamericana: a propósito de lugares, paisajes y territorios". *Revista Iberoamericana* 176-177 (1996): 845-861.

Beverly, Jhon. "Estudios culturales y vocación política". *Revista de Crítica Cultural* (Santiago de Chile) 12 (1966).

Bhabba, Homi K. *The Location of Culture*. New York: Routledge, 1997.

Borges, Jorge Luis. *Siete Noches*, México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Campa, Román de la. "Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: Discurso postcolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza". *Revista Iberoamericana* 176-177 (1996): 697-717.

De Man, Paul. *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990.

Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

Eliot, T.S. *Función de la poesía y función de la crítica*, Barcelona: Tusquets, 1999.

Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1984.

Jakobson, Roman y J. Tiniánov. "Problemas de los estudios literarios y lingüísticos". *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Tzvetan Todorov, ed. México: Siglo Veintiuno Editores, 1970. 103-105.

Jauss, Robert. *La literatura como provocación*. Barcelona: Península, 1976.

Mitchell, W.J.T. (ed.). *Against Theory*. Chicago: The University of Chicago Press, 1985

Moraña, Mabel. "Introducción". *Revista Iberoamericana* 176-177 (1996): 675-676.

Norris, Christopher. *The Contest of Faculties*. New York: Methuen, 1985.

Paz, Octavio. *Corriente Alterna*. México: Siglo XXI, 1982.

Reyes, Alfonso. "Tres puntos de exegética literaria". *Obras Completas*, vol. XIV. México: Fondo de Cultura Económica, 1962. 237-308.

_____. "Aristarco o Anatomía de la crítica". *La Experiencia Literaria. Obras Completas*, vol. XIV. México: Fondo de Cultura Económica, 1962. 104-116.

Richard, Nelly. "Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural". *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta, coordinadores. México: Miguel Angel Porrúa, 1968. 254-270.

Todorov, Tzvetan. *Crítica de la crítica*. Barcelona: Paidós, 1991.

Vidal, Hernán. "Los derechos humanos, hermenéutica para la crítica literaria y los estudios culturales latinoamericanistas: informe de una experiencia". *Revista Iberoamericana* 176-177 (1996): 719-729.

Williams, Raymond. *Cultura y Sociología de la cultura y el arte*. Barcelona: Paidós, 1982.